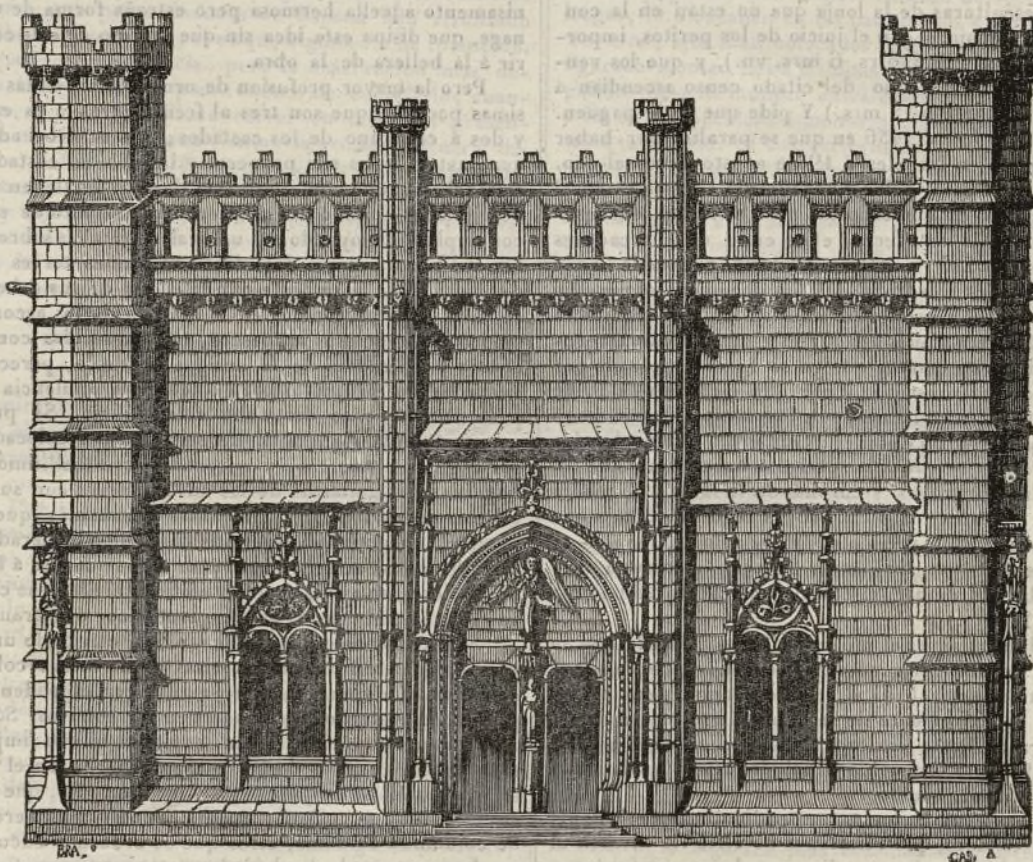


## ESPAÑA PINTORESCA.



LA LONJA DE PALMA.

**A**unque en 1246 el rey D. Jaime I ya concedió á Ferrer de Granada el local para la fábrica de la Lonja de Palma, no se levantó esta hasta mucho tiempo despues. El proyecto formal de esta obra estupenda data desde 1409 (época en que la isla se hallaba escasisima de recursos), como lo prueba el real privilegio de D. Martin de Aragón, dado en Barcelona á 23 de marzo de aquel año. Corriendo la empresa por un cuerpo tan pudiente entonces como el del comercio mallorquin que tanto tiempo habia que deseaba tener su casa de contratacion, como ya la tenían en aquella capital los genoveses, ingleses y otras naciones, no es de dudar que desde luego se empezase á trabajar en la nueva lonja; pero el colegio de mercaderes, deseoso de adelantarla, firmó una contrata en 11 de marzo de 1426 ante Bernardo Sala, Notario con el insigne arquitecto *Guillermo Sagrera*, el cual se obligó á continuar y concluir la fábrica de la lonja por el precio de 22.000 libras mallorquinas (292.318 rs. de vellon) y bajo el plano por él antes presentado, con las condiciones siguientes:

1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> promete concluir la obra hasta la cubierta de las bóvedas en los doce años siguientes con la altura de 8 canas de Mompeller (17 varas castellanas), y en los 3 años siguientes á los 12 hacer y terminar las torres, almenas, y demas obras superiores: 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> se obliga á hacer todas las columnas, claves y pavimentos, de piedra de Santañy; y las pendientes ó enjutas de las bóvedas, de la de Sollevich: por las 4 siguientes se obliga á hacer para decoro de la obra diferentes ornatos; un solemne tabernáculo sobre la puerta principal que mira al Ebro con la efígie de la Virgen; en cada uno de los otros tres frentes un ángel con un tabernáculo encima y las armas reales y de la ciudad á los lados, y en los cuatro ángulos del edificio las estatuas de S. Nicolás, San Juan Bautista, Santa Catalina y Santa Clara, [todas las cuales y las demas que antes he dicho, se conservan en el dia perfectamente.

Terminada ya la obra, parece que en 1448 su autor que se hallaba en Nápoles (llamado por el rey D. Alonso V), empleado en la del Castelnuevo, puso por medio de

14 de junio de 1840.



apoderado demanda de agravios al colegio de mercaderes de Mallorca. En ella espone: que por no haberle satisfecho los plazos acordados, ha tenido que empeñarse para llevar á cabo la empresa, cargando sus bienes en 306 libras (4065 rs. 30 ms. vn.) de censo anual; que él y sus hijos Francisco y Miguel, además de haber cumplido lo estipulado, han trabajado por espacio de 20 años á horas extraordinarias, para concluir y perfeccionar los adornos y esculturas de la lonja que no están en la contrata, cuyo trabajo, según el juicio de los peritos, importaba 2250 libras (29.896 rs. 6 mrs. vn.), y que los vendidos que había satisfecho del citado censo ascendían á 948 libras (12.596 rs. 8 mrs.) Y pide que se le paguen. Siguió el litigio hasta 1456 en que se paralizó por haber muerto Sagrera en Nápoles á 19 de agosto de aquel año. Su hijo D. Francisco, prior y beneficiado en esta catedral en 1504, trataba de continuarlo, pero se redujo á transacción por haberle satisfecho el gremio de mercaderes 2500 libras (33.217 rs. 33 mrs.) á buena cuenta de lo que contra sus fondos alcanzaba. De los documentos que dejó citados, se infiere ser autor de nuestra lonja el arquitecto Guillermo Sagrera, pues aunque este en su contrata prometió continuarla, parece que ya se había empezado por el croquis que él presentó; y por otra escritura de 19 de marzo de 1451, autorizado por los honorables Ramon Zaforteza y Bernardo Cotoner, Guillermo Vill-solar *lupicida*, *civis majoricarum* se obligó á hacer dentro de un año todas las claravoyas y coronas de la lonja, de piedra de Felauix, á saber; dos claravoyas según el dibujo que él había presentado, y las otras y sus remates, según estaban empezadas por Guillermo Sagrera, por cuyo trabajo le había de abonar el colegio mercantil 280 libras (3720 rs. 14 mrs.)

Este edificio, acaso el mejor y el mas gallardo que se conoce en España del género gótico-germánico, es cuadrilongo, tiene su fachada al Oriente y uno de sus costados al Sur cerca y frente de la muralla que cae al mar: el otro mira al Norte, su espalda al Poniente, y es tan recomendable por su noble sencillez como por la sabia distribución de su ornato.

Los muros están cortados perpendicularmente por pilastrones octógonos, que resaltados de ellos los dividen al frente y espalda en tres, y á los costados en cuatro iguales compartimentos. Estos pilastrones tienen sus ángulos cubiertos de hermosos junquillos delicadamente entallados. Una cornisa ó imposta de escaso realce pero de agrandadas molduras, corriendo horizontalmente por todo el edificio le divide en dos partes iguales. Cuatro torres octógonas, de un solo cuerpo muy esbelto, y cortadas en toda su altura por varias fagitas también horizontales y octógonas flanquean sus ángulos descollando moderadamente sobre ellos, y una grandiosa y bella balaustrada ó cornisamento (que no se sabe que nombre darle), le corona y esconde su domo.

No es fácil explicar cuanto le ennoblece esta corona. Sostiénela un ancho friso resaltado en lo alto del muro y apoyado en graciosos modillones; sobre él se levanta una magnífica crugia de grandes recuadros perforados, que á guisa de ventanas corren por todo el edificio. Sepáranlos de cuatro en cuatro los pilastrones que arrancando desde el centro del talus, suben atrevidos, no solo á cortar el friso, sino también á penetrar por el balaustre y descollar sobre él en la forma de torrecillas, aunque sin ganar tanta altura como las torres angulares. Unas y otras están coronadas de merlones y almenas triangulares, pero sin agujas ni chapiteles. Otra serie de merloncillos triangulares corre sobre los dinteles de los recuadros ó ventanas, coronando todo el balaustre y completando esta es-

pecie de gran cornisamento, que así por sus proporciones como por su estraña y caprichosa forma, es del mas gracioso efecto, y ennoblece considerablemente el edificio.

Para que no chocase al exterior su grande altura, le dividió el autor en dos cuerpos, cuando en realidad tiene uno solo: también para suplir la falta aparente de luces, pues que no tiene ventana alguna sobre la cornisa ni aun debajo, por lo menos en forma de tal dió al cornisamento aquella hermosa pero estraña forma de ventanage, que disipa esta idea sin que por eso deje de concurrir á la belleza de la obra.

Pero la mayor profusion de ornato se vé en las riquísimas portadas que son tres al frente, tres á la espalda y dos á cada uno de los costados; mas se debe advertir que cuatro de las seis primeras y las dos del costado meridional, aunque con apariencia de puertas tienen el uso de ventanas, dando luz al interior por lo alto de sus arcos triples y apoyando sus umbrales y jambas sobre el talus que abraza el pie del edificio. Grandes torres elevadas hasta tocar la imposta con la cresta de sus cabeceras, rellenas pero perforadas en la luz alta de los arcos punteados con graciosos arabescos y enriquecidas con todo el lujo y delicadeza de la antigua crestería, parecen inventadas de propósito para ostentar la opulencia de la profesión á que se destinaba este edificio. Si pues se agrega á tanta riqueza la de seis estatuas colocadas en sus ángulos y puertas, y adornadas con bellísimos tornapolveros, la gallardía de las cuatro torres con sus altas cabezas coronadas, y la de tantas torrezuelas, que rompiendo la magnífica balaustrada descuellan moderadamente sobre ellos, no será de estrañar que se cuente á la lonja de Mallorca entre los mejores edificios civiles que conserva España del gusto gótico-germánico ó ultramarino.

Su interior no es menos magnífico; consta de una sola pieza partida en naves por altas y hermosas columnas estriadas en espiral. Estas columnas corresponden á los pilastrones exteriores y les sirven de estrivos. Son por consiguiente seis. No tienen capiteles ni aun impostas; sino que las espiras de las estrias mueren en el punto en que arrancan los junquillos ó medias cañas, que unidos en haces forman los arcos. Son estos en gran número; unos de columna á columna; otros que se cruzan y encuentran en los centros de las bóvedas; otros que van á buscar su apoyo y esconderse en el plano exterior de los muros, y todos nacen del tronco de las columnas como del de una erguida palma las magníficas plamas que se encorban en torno de él y le coronan. La base de la columna solo se distingue del fuste por su mayor diámetro, bisecándole las estrias con una ligera inclinación; y luego sigue el mismo adelgazándose hasta el nacimiento de los arcos. Por esto se vé que las seis columnas dividen el todo del edificio á lo largo en tres, y á lo ancho en cuatro altas y hermosas naves.

Hoy día solo sirve la lonja de un melancólico recuerdo de la antigua prosperidad y opulencia de Mallorca, pues desde el golpe mortal que los portugueses dieron al comercio de las Baleares, cuando abrieron una nueva senda por el Atlántico á las preciosas mercaderías de Oriente, que venían desde Egipto y Siria á los puertos del Mediterráneo, á tiempo que el de Mallorca era una escala de arribada y de descanso, perdió la isla todo su esplendor y cayó en el último desaliento.

Tanta grandeza no es pérdida sin embargo para el lucimiento, puesto que congregándose allí con permiso del gobierno y del consulado las máscaras de carnaval, sin otra diligencia que los de iluminarle bien, ofrece el mas magnífico salon de baile que puede concebirse.



## LA PROCESSION DEL CORPUS EN SEVILLA.



As fiestas religiosas se han celebrado siempre en la capital encantadora de Andalucía con cierta magnificencia y entusiasmo cristiano, que pocas ciudades de España han rivalizado con ella en esta parte, si es que alguna lo ha intentado. Esto parecerá arrogancia, pero la observación más detenida é imparcial no podrá menos de confesarlo, cuando vea al pueblo sevillano correr en tropel á presenciar su nombrada Semana Santa, la procesion jeneral del Corpus, la fiesta de la Concepcion, y otras solemnes que cada mes se tributan en casi todos los templos á los mascaros y sagrados objetos de nuestra religion. El carácter andaluz es piadoso por naturaleza, fácil á conmovirse, efecto del clima que le alimenta y le forma. El que vive respirando siempre el aire de Sevilla, de la que dijo un poeta:

Centro de la hermosura y bizarría  
vida de España, sal de Andalucía (1).

Y mira de día y de noche un cielo claro, el sol purísimo y abrasador; no puede dejar de que se entusiasme su corazón cuando ve pasar, por ejemplo, en la Semana Santa, esas representaciones de la Pasión de Jesus, llamados *Pasos*, cuyas imágenes suelen estar llenas de la suma perfección que á estos objetos dieron las artes en los siglos XVI y XVII. Cuando el pueblo sevillano se precipita ansioso á adorar estas imágenes, y cuando concurre al templo, no puede menos de alimentar poderosamente esa necesidad de religion que su clima le hace llevar á un grado sobresaliente sobre los demás pueblos. En todas las épocas y circunstancias en que se ha encontrado Sevilla, ya de decadencia ó de opulencia, ya de guerras y trastornos civiles, siempre ha sido y es religiosa por excelencia. La ceremonia, el boato y la ostentación portentosa con que se daba en la catedral tributo de adoración al Dios Supremo, la que en el día (efecto de las angustias de la nación) apenas es sombra de su anterior gloria y lustre; ha sido y es una fuente perenne en la que los sevillanos, recojidos en aquel soberbio edificio y cubiertos de aquellas altísimas bóvedas sacian abundantemente su piadoso pecho. Al pisar el pavimento de la catedral nadie deja de ser religioso; ninguno nos negará esta sensación, tan naturalmente experimentada por todos, aunque negada por muchos.

La celebración de la solemne Procesion del Corpus en Sevilla es una prueba de todo cuanto llevamos espuesto, y la reseña que hagamos de ella afirmará más y más nuestro propósito. La describiremos según salía en el siglo XVIII, sirviéndonos para ello de un documento que para en nuestro poder, reducido á una tira de papel de 21 vara de largo, y cuarta de ancho, en la que está dibujada con pluma y dado colores toda la procesion, obra prolija de escaso mérito artístico, ejecutada por Nicolas de Leon Gordillo en 1747. Al mismo tiempo iremos advirtiéndolo que ha desaparecido, y así resultará como en la actualidad celebra Sevilla una de las principales festividades de la religion cristiana.

Precedía á esta procesion, como en todas las capitales del reino, y en casi todos los pueblos de alguna consideración, la llamada *Tarasca*, máquina co-

losal de pasta y madera, que figuraba un monte sobre el cual descansaba un enorme monstruo alado con siete cabezas, que aludía según algunos á los siete pecados mortales, ó á los vicios que huían despavoridos á la salida triunfante del Santísimo. Encima de la espalda del monstruo se elevaba una torrecilla con dos cuerpos por el último salía el llamado *Tarasquillo*, figura de dos caras, y puesta en un palo vestido de ropas sueltas y largas, lo meneaban en las paradas los conductores de la *Tarasca*, que iban colocados en el haeco que hacia el figurado monte. Los continuos movimientos y saltos repetidos de este muñeco entretenían á los muchachos, y á los de los pueblos; aquellos pedían algunas veces á gritos que bailase. (Véase el grabado.)

Seguía el *Padre Pando* y la *Madre Papa-hucvos*, después los *Hijillos* ó los *Pandillos*, que eran entre todos cuatro figuras estrafalarias con cabezas descomunales, á cada una las conducía un hombre el que miraba por la boca de tan ridícula familia: los *Pandillos* llevaban en las manos algunos juguetes, ella abanico y varita, y el látigo y pandereta. Iban á continuación los gigantes que tenían cuatro varas y media de alto, eran seis, tres parejas de hombre y mujer, una de ellas negra. Su vestido era talar, y de medio cuerpo arriba á la usanza de la época, siendo esmeradísima la parte de peinados, pues de ellos tomaban modelos, á guisa de figurines las damas y galanes. Acompañaba á esta danza de los gigantes, así llamada, un tamboril y dos hombres enmascarados vestidos de arlequines, con una vara en la mano, en cuyo extremo estaban tres hejigas hinchadas: llamaban á estos las *Mojarrillas*, y daban á los muchachos y á los que se quedaban embobados viendo aquellas feas caricaturas. Servía el tamboril para hacer son á la danza que los gigantes tenían en la iglesia, ó en algunos sitios señalados de la estación. Costeaba el ayuntamiento del fondo de propios cuanto era necesario para las figuras que llevamos referidas. —

Sea lo que se quiera de la significación de tales personajes, es lo cierto que llegó un tiempo en que eran la piedra del escándalo estos títeres, en uno de los actos más solemnes del cristianismo. La gritería, la risa y la algarazara más descompasada precedería al rededor de aquellos objetos, produciendo un contraste singular con la magestad y reverencia con que caminaba pausadamente todo lo demás de la procesion. No podemos dar la razón de la influencia que podía tener en la devoción de los fieles esta parte mímica, que tan estendida estaba por toda España; cuando muy al contrario, la hallamos indecoroso é impropio de un acto sagrado. Llevar unos mascarones, tengan la significación que quieran, para que sean objeto de risa y de chacota, no podemos conciliar estos hechos, que nadie desmentirá, con esa devoción, con ese espíritu tan desusado de religion, que nos dicen de nuestros antepasados. ¡Cuales no serían las tristes consecuencias de llevar en procesion estos estrafalarios figurones, que el gobierno los prohibió sabiamente por cédula de 21 de julio de 1780! Algunos creían que podían ser restos de los llamados *autos sacramentales*, pero estos eran otros de los adornos profanos que llevaba la procesion é independiente de los referidos. En la de Sevilla iban cuatro carros, y á fin del siglo XVII quedaron reducidos á dos, estaban magníficamente dispuestos y conducían á los representantes con todas las tramoyas, aparatos y apariciones, con que se representaban las piezas de esta clase, eran sumamente costosos. El gobierno los prohibió en 3 de junio de 1765.

Seguían á los gigantones todos los estandartes de las

(1) Cristoval de Monroy, auto sacramental *las grandezas de Sevilla*: impreso en 1696.



cofradías de la ciudad, como van en el día. La cofradía de Santa Justa y Rufina, con paso de estas dos vírgenes sevillanas, y sale ahora también. La cofradía de S. Diego de Alcalá, con paso de dicho santo, que no hace estación, así como la cofradía de S. Mateo, antiquísima en Sevilla y conducía la imagen de Ntra. Sra. de los Reyes, con estandarte que fué dádiva del rey San Fernando. Salen ahora las archicofradías del Santísimo, que no iban en lo antiguo. Despues la del Sagrario de la catedral con paso del niño Jesus. Seguian los estinguidos religiosos regulares, cuyo número solia ser exorbitante, en esta forma. Capuchinos, mercenarios descalzos, agustinos descalzos, mínimos de S. Francisco de P., mercenarios calzados, carmelitas calzados, agustinos calzados, San Francisco de la observancia con los recoletos y descalzos, y Santo Domingo. Van en seguida las veinte y cinco cruces de las iglesias parroquiales de la ciudad. El juez de la iglesia con su juzgado iban en este lugar; pero por estar unido al provisor van en el sitio que se señalará. Todos los clérigos de las parroquias, presididos por el provisor y vicario general, que forma con su tribunal unido al juzgado eclesiástico. En tres pasos, acompañados de sacerdotes, se ven varias reliquias de S. Leandro, de la corona de espinas, y *lignum crucis*; en lo antiguo iban trece pasos: delante del último se coloca-

ba una de las cuatro danzas de niños que vestía el ayuntamiento con ciertos trages particulares y estrambóticos; llevaban palillos y tamboril con lo que se acompañaban en sus bailes. Los capellanes del coro, los veinteneros, y la universidad de Beneficiados, interpolados entre ellos tres danzas, de diferentes trages. una con espada y tamboril, otra con vihuelas, y la última con palillos y clarinete, hace muchos años que fueron desterradas de la procesion. Van á continuación de los beneficiados dos canónigos de la iglesia colegial: el cabildo de la Santa iglesia, en cuyo centro marchan los colegiales con grandes cirios, y la capilla de música con los seises cantando villancicos; y danzan en algunos puntos de la carrera restos, sin duda, de las comparsas que en lo antiguo salían. Sigue la custodia, obra de tanta nombradía artística de la que haremos descripción; vá rodeada de doce clérigos con ornamentos sacerdotales, detrás el preste; y si asiste el prelado vá de pontifical con sus familiares y demas acompañamiento. Cuando existia el llamado tribunal de la inquisicion, iba en seguida y despues el ayuntamiento. Cierra la procesion un piquete de tropas de la guarnicion, que segun ordenanza está tendida por toda la carrera.

(Se concluirá.)

J. COLON Y COLON.



LA TARASCA.



## CRÍTICA LITERARIA.

No podemos menos de recomendar á nuestros lectores el siguiente artículo que debemos á la amistad de su autor D. José María Quadrado, vecino de Palma en Mallorca, el cual con una crítica imparcial y juiciosa ha llegado á nuestro modo de ver á señalar los justos límites en que deben contenerse las encontradas calificaciones que los diversos partidos literarios se han nuevamente prodigado.

VICTOR HUGO

Y SU ESCUELA LITERARIA.



La historia de la literatura y de las artes, así como la de los estados y de los imperios, no es para el atento observador sino la historia de las reacciones. Los estravíos de una época ó escuela hallan siempre su origen en los abusos de la antecedente; y la opinion y la razon humana parecen condenadas como el péndulo, á oscilar de un extremo á otro, sin poder fijarse jamás en su aplomo y verdadero centro. Nadie en verdad sufre los efectos de esta fluctuacion, que revela mas que cosa alguna lo limitado de nuestro entendimiento y lo apasionado de sus fallos, como aquellos genios á quienes sus hechos ó escritos han procurado un nombre durante su vida, sujetos ademas de las eternas variaciones del espíritu ó de la opinion, al embate y choque de las pasiones y partidos; y mucho mas en una época en que es viejo lo de ayer, y en que la tierra y cuanto nos rodea parece girar sobre sí, con tanta velocidad que en pocos años vemos empezado y concluido el círculo, durante cuyo período diez generaciones antiguamente se sucedian. Tal se nos presenta Victor Hugo, jefe de la moderna escuela de literatura, ayer adorado como un Dios, y hoy condenado sin defensa por muchos literatos; ayer león triunfante que estreñecía las selvas con su rugido, y hoy conculcado en el polvo, aguardando solo la cox del asno para espirar.

Cinco años ha que nuestra aletargada poesía, mudos ó envejecidos sus mas gloriosos alumnos, pero asaz abundante en versos casi siempre menos que medianos para seguir con sus lisonjas el impulso de las circunstancias, último período á que llegar puede la literatura en su decrepitud, despertó por primera vez al nombre y á la voz de Victor Hugo; ora sea que la fama de este hombre, entonces, mas que nunca pujante, no pudiese por mas tiempo dejar de salvar los Pirineos; ora que varios literatos vueltos ya de su emigracion, quisiesen ensayar en su patria lo que con tanto crédito y alabanza habian visto acogido en Paris (1). Al principio solo hubo silencio para admirar profundamente, y voz para aplaudir; secóse en aquel punto la abundante vena de los poetas, y sus liras enmudecieron, porque desde aquel dia ya no hubo liras ni Parnaso. Hablábase mucho entonces con énfasis y enigmas de la mision social de la poesia y de su emancipacion, de la necesidad de destronar los ídolos de la veneracion antigua, y de la nueva regeneracion que el mundo aguardaba, y de la

cual Victor Hugo debía ser el Mesías. Poco despues los admiradores quisieron ser autores á su vez, y lo hiperbólico y monstruoso de sus producciones correspondió por lo comun á lo exagerado de sus principios. Por fin todos los secretos de la nueva escuela, con el nombre de romanticismo, pasaron de sus primeros adeptos al vulgo de los poetas, y de estos al vulgo de los lectores; y ¡ay de las obras y escuelas literarias, cuyos misterios vulgarizándose se profanan; cuyos ocultos resortes inoportunamente se descubren, como la mano del maquinista en los espectáculos; y en las que la gente de mundo y la turba de aficionados se encargan de representar el papel de protagonistas! Participando en su voga del espléndido triunfo de una moda reinante, sufre á poco la ridiculez y el desprecio que acompaña á una moda anticuada, y como á moda se la juzga siempre estremadamente y por capricho, y no con la imparcialidad y razon eterna que debe presidir en el juicio de las obras literarias.

Si por los esfuerzos de algun individuo, y no por el orden y naturaleza misma de las cosas, hubiesemos de explicar la reaccion que al presente notamos, á nadie mejor que al Sr. Lista, al filósofo religioso, al decano, permitasenos el decirlo, de nuestra moderna literatura, atribuyéramos la caída de esta moda, á cuya sombra el mal gusto y la inmoralidad empezaban á cundir temiblemente. Sus artículos literarios, publicados en diversos periódicos, en los que tan noble y victoriosamente se defendia la causa de la razon, han dado márgen á las sensatas observaciones que hemos visto despues casi generalmente reproducidas; la seria reflexion ha concluido lo que la sátira empezó, y actualmente en teoría á lo menos, andan pros critos aquellos escesos que eran poco hace el encanto de las imaginaciones. Pero como si hubiese prohibido Victor Hugo los abortos todos de algunos cerebros febriles, sobre él ha recaído principalmente toda la hiel y violencia de la reaccion; se le ha designado como jefe de un club de jacobinos literarios, y como padre de una escuela infernal y desorganizadora, y no han aparecido desde algun tiempo acá sepulcrales coplas, romances del feudalismo, y escenas de veneno ó puñal, de que no se le haya hecho responsable. ¡Triste condicion de los genios inventores, la de ver invadido el camino que abrieron por una turba de secuaces que desacreditan con sus abusos al mismo que adulan servilmente con su imitacion; plantas rastreras y parásitas que socaban el edificio al cual se arriman! Pero, injusticia tambien manifiesta de la critica, la de no juzgar de un género por sus originales y obras maestras, sino por miserables copias y ridiculas parodias. Cuando tanto se ensalza á Calderon, no se cuentan ciertamente las embrolladas farsas y las absurdas licencias de los que le siguieron en el camino que con tanta gloria recorrió.

Acaso estas observaciones serán ya inoportunas y desdeñadas, porque para muchos el romanticismo de Victor Hugo en literatura es una cosa tan rancia y juzgada como el pacto social de Rousseau en política, y el materialismo de Destutt Tracy en filosofía; y esta palabra rancia es la censura mas amarga, y la sentencia de muerte para cualquier objeto en este siglo de novedades. Pero la analogía que se ha creído descubrir entre los principios disolventes y anárquicos del siglo XVIII con la anárquica literatura del XIX, entre los horrores de los jacobinos y los horrores de los románticos, es á nuestro ver mas ingeniosa que exacta, porque nosotros no podemos atribuir á las bellas letras tan profunda y grave intencion en sus concepciones, ni tanto poder en su influjo para realizarla y cumplir el objeto de sus tendencias,

F (1) Los dramas *La conjuracion de Venecia* y *Aben Humeya* del Sr. Martinez de la Rosa, y D. Alvaro del Sr. duque de Rivas, los primeros que adoptaron, á nuestro juicio, las modernas formas, fueron escritos por sus autores en pais extranjero. Hasta el año 1834 no aparecieron en Madrid las obras de Victor Hugo.



Permítasenos con esta ocasion examinar en general esta idea de *tendencia*, palabra que en su genuino sentido equivale á *direccion hacia un objeto remoto*, y que en su acostumbrada aplicacion se toma por el espíritu é *intencion presente con que se obra*: impropiedad estraña, como lo fuera el llamar tendencia hacia una enfermedad á los síntomas que la manifiestan.

Como quiera que sea, esta palabra es una de las predilectas en la época actual, y con razon porque en ella nos parece ver grabado uno de sus principales caracteres, á saber: la espectacion y la inquietud. Este siglo en efecto siempre temiendo ó esperando, cree todo verlo *tender* hacia un fin determinado, y presta á las cosas el color é importancia que les dan sus esperanzas ó temores, como el enfermo de aprension que cuenta los latidos de su pulso atento siempre á la menor mudanza, ó como aquel pueblo que en su profunda abyeccion veia en cada profeta levantarse su Mesías. Asi que en cada nota diplomática cree ver transformada la Europa, y borrados los límites de los imperios; en cada máquina que se invente cree asegurar se el dominio de la naturaleza; en cada sistema que se formule cree haber conquistado el dominio de la verdad. El mismo achaque se ha pegado á la literatura: ya no se pregunta solo al poeta, como antiguamente, si sus versos son armoniosos, su fábula interesante, sus caracteres bien sostenidos; procúrase adivinar ademas su pensamiento dominante, la filosofía de sus ideas, y los principios ó sentimientos que se propone acreditar; nuevo método de juicios de mas empeño y dificultad que el antiguo, pero tambien de mas provecho y dignidad, cuya perfeccion grandes deberes exige de parte del critico como de la del literato, y que entrambos han aceptado con placer, aunque tal vez con temeridad, aquel por el mayor lucimiento y gravedad que presta á su siempre ávido oficio, este por el instinto natural con que apetece el hombre se le atribuya en cualquier objeto una profunda intencion. Si la nueva critica, pues, ha descubierto verdades y relaciones importantes, ha inducido tambien en errores é inexactitudes, que los mismos por ella juzgados se han guardado de desvanecer, hablando ellos los primeros de sus tendencias sociales, y dándose por consagrados al culto de una idea, cuando lo estaban al de la gloria exclusivamente, única deidad á la que los literatos comunmente sacrifican. Confesamos en verdad que no podemos comprender al mismo Victor Hugo ni dejar de sonreirnos, cuando en sus prólogos nos habla de una *mission que cumplir y de un edificio que levantar*, del cual solo debe juzgarse en su conjunto. Cuando terminado el drama ó la novela ha agitado deliciosamente el corazon en encontrados sentimientos, y ha dejado indeleble sello en la imaginacion, para nosotros su mision está ya cumplida, y su edificio levantado.

Imagínese cualquiera que campo habrán abierto las obras de tal autor tan nuevas en su fondo, en sus formas, y hasta en el fin misterioso que el mismo les atribuye, á esta mezcla de recuerdos, conjeturas, comparaciones y sentencias que en el día se llama critica literaria; como se habrá querido encontrar la explicacion y espíritu de ellas en el sangriento trastorno de 1792, ó en la popular insurreccion de 1830; como se las habrá mirado como un catecismo de imprecaciones contra los reyes y los sacerdotes; como aquellos horrores y muertes de teatro se habrán comparado con los sanguinarios espectáculos del circo, que encrudecen á un tiempo y corrompen á las naciones; como á la voz de inmoralidad ó desenfreno literario cada cual pronuncie en sus adentros el nombre de Victor Hugo. Pero ya que tan aparte entran los hechos y carácter de cada autor en el juicio de sus

obras, ya que la critica y la biografía son por ahora inseparables, no comprendemos por de pronto porque sea demagogo y terrorista el hijo del general Hugo, el jóven pensionado de Luis XVIII por un titulo el mas honroso para él mismo y para el monarca (1), el célebre escritor en cuya casa cuelgan los dones de los príncipes reyes que lo visitaron (2). E ignoramos ademas como por esos criticos tan severos se nos proponga como modelo el demócrata y fogoso Delavigne, y se ensalcen hasta las nubes los cantos republicanos del lirico Beranger.

No menos grave y general es la acusacion de inmoralidad que contra Victor Hugo se dirige. La inmoralidad puede estar en la esencia de una obra, cuando el crimen se vé en ella patrocinado y defendido; ó bien en sus formas accidentalmente, cuando se pinta el vicio mismo que no se recomienda ó tal vez se reprende con colores harto vivaces y halagüeños á la humana debilidad. De la primera culpa encontramos inocente á Victor Hugo: de la segunda apenas encontramos quien este exento. Pocos en efecto son los escritores, románticos ó clásicos, idólatras ó cristianos, que no hayan hecho aparecer, ó bien en el fondo de sus cuadros, ó bien á un lado y como apartada, alguna figura voluptuosa, alguna escena en que el crimen hiera los ojos rodeado de una aureola de encantos. Pero si los ojos deben cerrarse alguna vez en tal cual pormenor de los cuadros de Victor Hugo, el alma puede contemplarlos en su conjunto sin que descienda á ella la corrupcion, defensa que no nos atreviéramos á estender á otros que se hacen pasar como de su escuela, á los de *Soulié* y de *Jorge Sand* por ejemplo, porque *Lelia* y las *Memorias del Diablo* son de aquellos libros que enrojecen la frente, y que son un crimen en la mano de una doncella.

La mas célebre de las obras de Victor Hugo, asi por su mérito como por su concepcion original, es *Nuestra Señora de París*, pintura amarga y á vuelta de algunas inexactitudes históricas, verdadera de unos tiempos que desgraciadamente no calumnia; libro singular en que el edificio es realmente el protagonista; y que semejante á este edificio cuyo nombre toma y cuyas gigantescas formas anima, se presenta imponente y sencillo en su conjunto y prolijo y variado en sus adornos; obra menos de arte que del capricho, en que todos los géneros se confunden; mole aérea y sombría que pesa sobre el alma y á un tiempo la sublima, en cuyos cuadros y relieves enigmáticos se adivinan, cuyas figuras y personajes deformes en su mayor parte y mutilados, como las estatuas de aquel templo, no repugnan á la vista en su deformidad sino que la atraen y fascinan con encanto misterioso. La virtud, ó mas bien la debilidad y candor, allí presa del fuerte; pero la perversidad, ó mejor las pasiones, llevan en sí mismas una terrible espacion, por que ¿quién quisiera ser Claudio Frollo? A veces el corazon aterrorado con el rugido de las pasiones, y con toda la miseria de la humanidad, y con toda la pompa de los suplicios, reposa en emociones harto puras y deliciosas, y encuentra lágrimas de ternura que derraman

(1) Victor Hugo escribia á la madre de un amigo suyo comprometido en una conspiracion, ofreciendo á su hijo un asilo: «soy muy realista, decia, para que se piense en venir á buscarme á mi cuarto.» Luis XVIII, á cuyas manos llegó esta carta, exclamó: «Conozco á ese jóven; oíedle en esto á las inspiraciones de su honor,» y concedió á Victor Hugo una pension que el poeta atribuyó al éxito de sus obras reicientemente publicadas.

(2) En 1836 nuestro autor encontró un día de vuelta á su casa un magnifico cuadro del príncipe de Orleans y de su augusta esposa que en su ausencia le habian honrado con una visita, y en cuyo marco se leia esta inscripcion: *El duque y la duquesa de Orleans á Victor Hugo.*



mar. ¡Qué candoroso es aquel amor á Febo de la Esmeralda! qué heroico el de Cuasimodo á la Gitana! Ignoramos si Nuestra Señora de París será un libro que no se lea de aquí á veinte años, como afirma un célebre literato, el único quizá á quien se podía perdonar lo aventurado de la profecía; pero creemos que el que lo lea una vez con algo de ardor en el alma, y de poesía en la imaginación, no borrará de ella mientras viva aquellos caracteres de fuego.

¿Y quién olvidará *El último día de un reo de muerte*, monólogo admirable de un hombre solo y de una sola idea, en el que se ven los síntomas de la agonía del alma con mas certidumbre que los vé el médico en el rostro del moribundo; páginas terribles por las cuales una y otra vez giran los ojos, como la mariposa al rededor del fuego, por mas que sepan que han de dejar en el corazón largo peso de dolor y de amargura? Gran fondo de sensibilidad y compasión hácia la humanidad doliente, largas vigiliadas pasadas en la consideración de sus miserias, arguye en su escritor esta obra á la cual no dudáramos atribuir grandes efectos morales, si fuésemos fáciles en concederlos á las obras de imaginación.

Como poeta lírico no podemos hablar de Victor Hugo, porque no han llegado á nuestras manos *Las orientales*, en las que, si hemos de juzgar por algunas muestras y por el aplauso de los literatos, luce un sentimiento y una poesía verdaderamente oriental.

Menor alabanza, aunque fama no menor, merece como dramático, porque la exageración de los caracteres y la inverosimilitud de la trama aparecen en las tablas mas visibles y chocantes; aunque en nuestro concepto, por lo general, está lejos de merecer las amargas acusaciones que bajo otro aspecto se le dirigen. Sólo dos vicios consideramos peligrosos sobre el teatro, la lubricidad y la irreligión; porque el pudor y la religión son hermanos, y hasta á veces una palabra para empañar su pureza y esplendor. Acerca de lo primero, sobrado libre ha andado nuestro autor en algunas escenas, y en esto no le escusamos; en lo segundo, si no brilla la religión como alma de sus invenciones, tampoco corre en ellas el riesgo de verse ofendida ó profanada. Por lo demás, sáquese á luz enhorabuena la ambición, la venganza, el parricidio con toda su ferocidad y sangre fría, multiplíquense los horrores y los puñales á cada escena, corra la sangre hasta los espectadores: el drama podrá ser muy malo, literariamente hablando, pero no moralmente; merecerá silbidos, pero no abominación. Y mucho menos que un fin inmoral atribuyéramos un fin anti-monárquico á los dramas de Victor Hugo, porque en él aparecen algunos príncipes manchados de sangre, encenagados en vergonzosos placeres. Tiempo atrás Shakespeare habia ya concebido su Ricardo III, y su Atreo Crebillon; y desde la infancia del teatro, el papel de tirano llegó á hacerse proverbial. Además, aquellos hechos, personajes y costumbres tan apartadas de las nuestras, no pueden excitar mas que recuerdos de un siglo ya difunto, ni ejercer en los ánimos el poder terrible de los dramas políticos de la última mitad del siglo XVIII, en que solemnemente y en abstrato se vertían aquellos axiomas disolventes, aquellas declamaciones tribuicias que recogia con entusiasmo un auditorio medio corrompido. Y si estas reflexiones no se toman en consideración, ¿quién acusará á Victor Hugo de haber hecho de nuestro Carlos I un mozo atolondrado en los primeros actos del *Hernani*, y de Francisco I un seductor en *el Rey se divierte*, que vea y aplauda á los reyes de Calderon y de Lope de Vega ir escalando de noche los balcones, y penetrar aun en las alcobas nupciales?

Creemos haber sido bastante explicitos hasta ahora

para que nadie injustamente nos suponga defensores de ese cúmulo de absurdos morales y literarios que no sabemos por qué ha de llamarse *romanticismo*, ni aun ciegos sectarios del autor que, sin saber tampoco por qué, es llamado su gefe, y de quien hasta aquí nos hemos ocupado; pero quisiéramos que se le juzgase, no vaga y declamatoriamente, sino con respeto é imparcialidad, según el espíritu, las bellezas y los defectos de sus obras, como se juzga á Byron y á Goethe, al lado de cuyas cenizas aguarda un lugar á las de Victor Hugo: quisiéramos que, dejando la crítica de ser hipócrita, no asqueáran tanto los horribles dramas del autor francés, los que aplaudían el *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, y se estasiaban ante el *Rey Monge* ó ante *Carlos II el hechizado*: quisiéramos que guardáran nuestros literatos, sino mayor veneración, mayor gratitud al menos con aquel que abrió en su corazón tantas fuentes de poesía, á quien deben tantos castillos almenados, tantas góticas catedrales, tantas palidas y aéreas hermosuras, y cuyo yugo, sin querer y quizá sin saberlo, pesa todavía sobre su imaginación. Sin embargo, en esta reacción, aunque laudable en su origen, injusta y apasionada en sus extremos, nosotros descubriéramos un bien todavía, si nuestra literatura, sustrayéndose á favor de ella á todo influjo tiránico que la dominára, quisiera ser de una vez espontánea; si hubieran desaparecido esos vulgares poetas que siempre se cobijan á la sombra de un gran nombre; y si enmudeciera el coro de imitadores, para que nuestros jóvenes pudieran seguir los vuelos de su propio genio, y escuchar en el silencio las inspiraciones de su corazón. Pero en los elogios desmesurados que á nuestros cómicos antiguos, y á Calderon en especial se prodigan, y en las formas y asuntos prestados de sus obras que nuevamente prevalecen, se descubre la pretension de sustituir á la llamada escuela de Victor Hugo, otra escuela, que no por española es menos aiena de nuestras costumbres y pasiones, ni circunscribe menos el círculo abierto á la imaginación. Y cuando vemos que no se destrona un idolo sin que otro se levante sobre sus ruinas; que los poetas no abandonan un camino sin abalanzarse á otro de tropel como rebaño; que á las grandes pasiones, á los envenenamientos, á las mujeres angélicas y á las meditaciones sepulcrales, van á suceder los grandes enredos, los duelos nocturnos, las damas tapadas, y los conceptos sútiles; nos saltan á la memoria, y de allí á la lengua, aquellas palabras del moro Farax en el *Aben Humeya*: *Ya buskais otro yugo! Encore un maitre!*

Cuando llegue á la posteridad (porque llegará sin duda), el nombre de Victor Hugo, se dudará que en cinco años haya sido sucesivamente reputado como Mesías regenerador del mundo y de la poesía, y como Antecristo de la literatura aparecido en días de sangre y de decadencia para anunciarle su ruina; se burlarán de tan ridícula apoteosis y de declamación tan furibunda, y no se comprenderá esta especie de maniqueismo literario del día, según el que se atribuye al poeta francés cuanto hay de malo y deforme, y cuanto de bueno y perfecto existe se hace proceder de Calderon. La posteridad á quien pasarán las obras de entrambos, y cuyo juicio afortunadamente por este motivo no podrá prevenirse, juzgándolas por sus defectos y bellezas, dirá: que Victor Hugo fue de una imaginación vivísima, y que á veces por exaltada puede parecer delirante; de harta tendencia á lo tétrico y horrible, aunque no escéptico ni sardónico en su melancolía; en la animación de los seres insensibles, y relaciones del hombre con la naturaleza, sin par ni semejante; gran conocedor del corazón humano, especialmente en las grandes luchas y grandes afectos; en las



situaciones, mas feliz que en la invencion de caracteres ó en la disposicion y trama de la accion; en los sentimientos casi siempre asombrosamente natural! en la expresion de ellos inimitable. Y de Calderon dirá, que fue de invencion brillante y rica; uniforme en la accion y personajes, pero variadísima en los incidentes; representante cual ninguno de las pasiones y costumbres de su siglo, aunque poco cuidadoso y exacto en la pintura de los demas; solícito mas bien en traer suspensa la imaginacion con maravillosos enredos y complicaciones, que en conmover el corazon con el lenguaje de los afectos; descolorido y monótono generalmente en los caracteres, mas por negligencia que por falta de habilidad; en sus pensamientos agudo y original, algunas veces filosófico, y raras tierno ó sublime; en la expresion harto amenudo hinchado y conceptista. Entonces ni Calderon ocupará el altar á que ha subido desde el polvo en que los preceptistas lo sepultaron, ni Victor Hugo yacerá en el polvo en que cayó desde aquel altar con mas rápida vicisitud; sino que entrambos ocuparán su lugar entre los genios de cada siglo; y sus idólatras y detractores no ocuparán ninguno, porque no tendrán nombre en la posteridad.

J. Q.

## POESIA.

## EL MOMENTO.

(Dedicada á D. José Zorrilla.)

## I.

**H**ay para el hombre un momento  
en que cuenta horas perdidas,  
cual si tuviera mil vidas  
destinadas al placer.

Un momento en que deliran  
entre fantasmas y ensueños  
los pensamientos risueños  
del hombre y de la mujer.

Momento en que inquieta bulle  
una idea en nuestra mente,  
en que absorbe el alma siente  
misteriosa turbacion.

En que los dias son horas,  
y las horas nos halagan,  
y los pensamientos vagan  
á merced del corazon.

Momento que ha de faltarnos  
sin saber que le perdemos,  
momento que apenas vemos  
para llorarlo despues;

Que en medio de los placeres  
detenemos nuestra planta,  
con la risa en la garganta  
y la copa á nuestros pies.

Porque llegará un momento  
para angustiar el primero,  
otro momento postrero,  
sarcasmo del que pasó.

Y en él llorará el dichoso,  
presa de amargo tormento,  
el desdichado momento  
que el segundo le robó.

Y correrán á porfía  
tras de soñadas venturas  
marchitadas hermosuras  
en silencioso tropel.

Y hallarán de sus amantes  
las frentes antes erguidas,  
mústias despues y abatidas  
por el fastidio cruel.

Que aquel momento de amores  
de esperanzas y delirios,  
en momento de martirios  
convierne la realidad.

La realidad es la muerte  
para el hombre que delira,  
y lo pasado mentira,

y lo presente verdad.

¡Cuántas miserias creidas,  
qué de contentos soñados  
se confunden apiñados  
en un momento fatal!

Allí la risa y el llanto,  
la virtud, la hipocresía,  
ha de igualar algun dia  
la campana funeral.

Los pensamientos livianos,  
los impuros devaneos,  
los criminales deseos  
aguardan un mismo fin.

Y el mismo término aguarda  
el infeliz pordiosero,  
que el activo caballero,  
que brinda en régio festin.

¡Así un terrible momento  
nuestras miserias iguala!

Y qué! ¿No valdrá hacer gala  
de riquezas y poder?

Y los dorados ensueños  
de un momento maldecido,  
morirán en triste olvido  
para nunca renacer?

El hombre borrar no puede  
de sus infames pasiones  
las alegres ilusiones  
con llanto del corazon?....

¡Ah! sus lágrimas amargas  
llegarán allí tardías,  
que estan contados los dias,  
sin dias de apelacion.

Y al término decretado  
del hombre el paso vacila,  
y la brillante pupila  
empieza triste á cerrar.

Y sacude torpes sueños  
su turbada fantasía,  
que el sueño de la agonía  
hace al hombre despertar.

Y en torno de sí los ojos  
faltos de luz vagos gira,  
y le parece mentira  
que tan pronto ha de morir.

Y alargar la vida quiere,  
y la vida le abandona,  
cuando la muerte eslabona  
su pasado y porvenir.

## II.

Por un momento de placer corremos,  
al placer nuestra mente abandonamos,  
porque miedo á la muerte no tenemos,  
y en el otro momento no pensamos.

La risa y el festin son nuestra vida;  
ruede el licor, porque el amor provoca:  
y la mano se encuentra entorpecida,  
sin que pruebe el licor la inmundicia boca.

Y frenéticos vamos de comparsa  
todos siguiendo el bacanal bullicio,  
hasta que llega á deshacer la farsa  
la sentencia fatal que asusta al vicio.

Porque aquí corre el hombre disfrazado,  
para hacer su ventura mas completa,  
y blasona virtudes el malvado,  
cubierto con la páfida careta.

El amigo al amigo infame vende,  
que anhela, miserable, su tesoro,  
y horribles zelos en su pecho enciende  
el hipócrita vil con falso lloro.

Y el esposo voluble finge amores  
á la incauta doncella seducida,  
y el ruin estafador brinda favores,  
y amparo generoso el homicida.

Mas ¡ay! que cuando llegue otro momento,  
caerán hechos añicos los disfraces,  
y los buenos allí tendrán contento  
y penas roedoras los falaces.

De aquel festin se apagarán las luces,  
y á oscuras nuestros vicios lloraremos,  
y á otro festin de tumbas y de cruces  
todos, uno tras otro, bajaremos.

Y el momento de orgias y de gloria  
en momento de horror se habrá trocado:  
que es la muerte del hombre nueva historia,  
nueva irrisión de su esplendor pasado.

J. M. DE ÁNDEZUA.

MADRID: IMPRENTA DE DON TOMAS JORDAN.